

Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo

La Iglesia, sacramento visible en el mundo, traza y extiende el proyecto del reino desde una visión universal¹. La salvación que se dirige a todos los pueblos, iniciativa de Dios (1 Jn 4, 8-10), se manifiesta en todos los tiempos y en culturas concretas, es decir la Iglesia evangelizada y evangelizadora, discípula misionera, realiza su actividad apostólica en el mundo. El bautismo favorece la íntima relación entre Iglesia y mundo, predispone para la misión y comunica la vida divina: *Nosotros no tenemos un producto que vender –no tiene nada que ver con el proselitismo, no tenemos un producto que vender–, sino una vida que comunicar: Dios, su vida divina, su amor misericordioso, su santidad (Francisco)*. Comunicando la vida divina -la Iglesia- lleva a cabo el mandato del Señor Jesús y, con ello, manifiesta al mundo el amor de Dios por la humanidad.

En el envío misionero a los apóstoles la Iglesia reconocerá, más tarde, el nuevo paradigma que la salvación del Dios de Israel trae al mundo. En el envío a todas las gentes, según el Evangelio de Mateo o por todo el mundo, según el Evangelio de Marcos o a todas las naciones, según el Evangelio de Lucas², el Señor Jesús revalida la iniciativa original que los magos de oriente realizaron cuando, al desplazarse desde una cultura distinta y desde naciones extranjeras, lo reconocen como Rey y lo adoran. Desde ese momento el Dios de la historia abrió el camino de la salvación también para los no judíos, revela su propósito en la plenitud de los tiempos con el nacimiento de su Hijo (Gál 4, 4-7).

¹ La universalidad de la salvación no significa que se conceda solamente a los que, de modo explícito, creen en Cristo y han entrado en la Iglesia. Si es destinada a todos, la salvación debe estar en verdad a disposición de todos. Pero es evidente que, tanto hoy como en el pasado, muchos hombres no tienen la posibilidad de conocer o aceptar la revelación del Evangelio y de entrar en la Iglesia. Viven en condiciones socioculturales que no se lo permiten y, en muchos casos, han sido educados en otras tradiciones religiosas. Para ellos, la salvación de Cristo es accesible en virtud de la gracia que, aun teniendo una misteriosa relación con la Iglesia, no les introduce formalmente en ella, sino que los ilumina de manera adecuada en su situación interior y ambiental. Esta gracia proviene de Cristo; es fruto de su sacrificio y es comunicada por el Espíritu Santo: ella permite a cada uno llegar a la salvación mediante su libre colaboración. RMi 10.

² Las diversas formas del « mandato misionero » tienen puntos comunes y también acentuaciones características. Dos elementos, sin embargo, se hallan en todas las versiones. Ante todo, la dimensión universal de la tarea confiada a los Apóstoles: « A todas las gentes » (Mt 28, 19); « por todo el mundo ... a toda la creación » (Mc 16, 15); « a todas las naciones » (Act 1, 8). En segundo lugar, la certeza dada por el Señor de que en esa tarea ellos no estarán solos, sino que recibirán la fuerza y los medios para desarrollar su misión. En esto está la presencia y el poder del Espíritu, y la asistencia de Jesús: « Ellos salieron a predicar por todas partes, colaborando el Señor con ellos » (Mc 16, 20). RMi 23.

Para el discípulo misionero de la actualidad recorrer el camino de salvación requiere valentía ante los desafíos que afronta la acción misionera de la Iglesia. Comunicar a Cristo a toda la humanidad ha de ser siempre el *cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra* —como recordaba en mi primera *Encíclica programática*— es «dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo»(RMI 4). Al misterio revelado responde la fe, a la fe el anuncio y al anuncio la conversión desde la experiencia del misterio de Dios revelado en Jesús de Nazaret.

Crisis de identidad bautismal: ¿oportunidad o rezago?

La identidad del cristiano en el mundo debe ser exteriorizada desde una vida autentica de fe que se revalide en el compromiso por la evangelización en el mundo, ahí donde se manifiesta la convergencia de distintas y muy variadas culturas que, en muchos de los casos, se diluyen de manera sistemática en una homogeneización de pensamientos, comportamientos y estilos de vida, perdiendo identidad y particularidad. La correlación entre Evangelio y cultura ha perdido fuerza en culturas con tradición netamente cristiana:

La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada (EN 20).

[...] *Una fe que no se hace cultura es una fe «no plenamente acogida, no enteramente pensada, no fielmente vivida» (CHL 59). «La fe se fortalece dándola», decía el Papa Juan Pablo II; movimiento que indica la participación plena y consciente de todo el Pueblo de Dios. Sin embargo en el ámbito de lo social muchos bautizados han relegado la fe y le han quitado expresión, y así disminuye la obra evangelizadora de la Iglesia, pierde fuerza la fe y los agentes de pastoral [...] terminan ahogando su alegría misionera en una especie de obsesión por ser como todos y por tener lo que poseen los demás. Así, las tareas evangelizadoras se vuelven forzadas y se dedican a ellas pocos esfuerzos y un tiempo muy limitado (EG 79).* La crisis de identidad con relación a la fe manifiesta, por un lado, la introversión eclesial que va sofocando la creatividad misionera en los agentes de pastoral y apisona la iniciativa generosa de un gran número de cristianos que buscan dar respuesta a su compromiso bautismal. Por otro lado, se desarrolla una actitud de

desaliento y desanimo en la acción pastoral de los agentes o terminan realizando actividades mal planeadas y sin proyección eclesial agotando las fuerzas y las aspiraciones más sinceras y desinteresadas:

El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado (EG 82).

Este entorno plantea retos a la misión que ya desde las cambiantes realidades histórico-socio-culturales, a partir del mandato histórico en Galilea, han sido sorteados por un gran número de discípulos misioneros que han sabido madurar de manera eficaz y virtuosa su compromiso bautismal. Compromiso que constatamos hasta en nuestros días en numerosos testimonios³.

Hoy, como en otras épocas, la crisis del compromiso misionero encuentra delante de sí una oportunidad para *un nuevo impulso en la actividad misionera de la Iglesia (RMi 30)* frente a un desafiante secularismo de la sociedad. Por tanto, saber llevar a cabo la misión desde la diversidad y mantener aun así la armonía, sin perder la identidad, es fundamental para la expresión de la fe cristiana en un mundo con características indiscutibles de pluriculturalidad, pero que al mismo tiempo se completa y transforma con rasgos exactos de interculturalidad:

En estos tiempos de pluralismo, la espiritualidad misionera no puede ser cultivada como ensimismamiento autorreferencial en grupos cerrados y tribales por temor a lo diferente; tampoco como espíritu de expansión y asimilación de la diferencia del otro. La fuente espiritual del siglo XXI es el encuentro con el otro, reconociendo su diversidad, y juntos abrirse al Misterio inefable para encontrarnos en su vorágine de amor⁴.

³ El substrato cristiano de algunos pueblos —sobre todo occidentales— es una realidad viva. Allí encontramos, especialmente en los más necesitados, una reserva moral que guarda valores de auténtico humanismo cristiano. Una mirada de fe sobre la realidad no puede dejar de reconocer lo que siembra el Espíritu Santo. Sería desconfiar de su acción libre y generosa pensar que no hay auténticos valores cristianos donde una gran parte de la población ha recibido el Bautismo y expresa su fe y su solidaridad fraterna de múltiples maneras. Allí hay que reconocer mucho más que unas «semillas del Verbo», ya que se trata de una auténtica fe católica con modos propios de expresión y de pertenencia a la Iglesia. *EG*, 68.

⁴ Cerviño, L. (2018). La etapa pluralista como contexto actual de la *missio ad-inter gentes*: inequidad, globalización, migración, religiones, ciudad y mundo virtual. En *La misión, futuro de la Iglesia* (68). España: OMP-PPC.

Conciencia, conocimiento y responsabilidad misionera

Encuentro y diálogo son pautas necesarias en la evangelización de los pueblos y culturas, permiten que la misión evolucione hacia una etapa más consciente y responsable, que los agentes de pastoral se comprometan más por una participación solidaria que por una evangelización unidireccional⁵ y que la Iglesia se preocupe por desarrollar una formación integral de la persona más que por ser una institución autorreferencial: *La misión dice a la Iglesia que ella no es un fin en sí misma, sino que es un humilde instrumento y mediación del Reino*⁶. Superar actitudes de hegemonía y vanagloria ayudará a disminuir atributos negativos que han acompañado a la Iglesia como institución a lo largo de la historia. Y así, superando concepciones etnocentristas, la misión impulsará cada vez más la extensión del Reino aquí y ahora.

Impregnar la cultura con los valores del Reino supone la transformación de la pastoral, y haciendo a un lado estructuras de evangelización poco eficaces y obsoletas se demanda el discernimiento constante y la responsabilidad activa de la comunidad, esto *exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera (DA 370)*. Reafirmar permanentemente la impronta misionera en toda la pastoral ayudará a que la comunidad de bautizados se mantenga en constante renovación: *renovar el corazón, renovar las obras, renovar las organizaciones, porque, de otro modo, terminaríamos todos en un museo. Nos tenemos que renovar para no acabar en un museo (Francisco)*.

Esperamos un nuevo Pentecostés, expresaban los obispos latinoamericanos en la V conferencia en Aparecida, y continuaban diciendo: *que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza (DA 362)*. Renovar toda la pastoral para impulsar la misión será siempre el cometido de toda comunidad de bautizados *para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación (EG 27)*.

⁵ La expresión *ad*, más allá de su origen neotestamentario, se ha ido cagando a través de la historia de una serie de connotaciones negativas que han desnaturalizado su sentido y significado tanto en la teoría como en la práctica: [...] la misión es caracterizada por un dinamismo unidireccional desde el centro o punto de partida hacia quienes son considerados como destinatarios, en actitud pasiva y receptora, por lo que no tienen capacidad de aportar nada que pueda enriquecer la experiencia de los venidos de fuera. *De la Fuente, E. (2018). Missio ad gentes y missio inter gentes. Las polaridades del cambio de paradigma. En La misión, futuro de la Iglesia (17). España: OMP-PPC.*

⁶ Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada Mundial de las Misiones 2017, 7.

Optar por una formación pastoral en clave misionera, *para que la conciencia, el conocimiento y la responsabilidad misionera vuelvan a ser parte de la vida ordinaria de todo el Pueblo santo de Dios (Francisco)*, es vital y decisivo en la comunidad de discípulos misioneros que se comprometen, desde la certeza que da una vida de fe, en la construcción de un entorno más justo y solidario: *por lo que no corresponder sería ignorancia o miedo; y a nosotros cristianos, no nos está permitido ni lo uno ni lo otro*⁷.

Animadores misioneros en misión en el mundo para la cooperación misionera

Es evidente que una gran parte del Pueblo de Dios se sitúa ajeno hacia la dimensión misionera *ad gentes* de la Iglesia⁸, y que entre los agentes de pastoral, los ministros ordenados y los consagrados se exprese, como aludiendo a expresiones añosas, que «las misiones atañen exclusivamente a los religiosos misioneros»⁹, dando como resultado acciones pastorales opuestas a la universalidad de la misión y que, aún con todo y el cambio de paradigma sobre la misión gestado a inicios del siglo pasado¹⁰, deja ver carencias y descuidos en la formación misionera del laico, del consagrado o consagrada y del ministro ordenado.

⁷ "La nueva evangelización" S.E. Mons. Rino Fisichella

⁸ [...] la misión específica *ad gentes* parece que se va parando, no ciertamente en sintonía con las indicaciones del Concilio y del Magisterio posterior. Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo. En efecto, en la historia de la Iglesia, este impulso misionero ha sido siempre signo de vitalidad, así como su disminución es signo de una crisis de fe. RMI 2.

⁹ «Misiones» designaba una serie de actividades de la Iglesia realizadas en territorios lejanos (criterio geográfico) protagonizadas por los misioneros (fundamentalmente religiosos y, en menor medida, presbíteros). De la Fuente, E. (2017). *Marco teológico-eclesial. En Laicado y misión (19)*. España: OMP-PPC.

¹⁰ [...] *la misión antecede a la Iglesia*, el origen de la misión se encuentra en Dios (*missio Dei*). La misión se coloca en el punto de partida y en el centro, y la Iglesia se encuentra a su servicio. El Dios misionero (la misión de Dios) llama a la Iglesia a la existencia para que se prolongue la iniciativa del Dios misionero. *Ibid.* 21.

Conviene, por tanto, que la actividad misionera derive de una capacitada y decisiva «animación misionera»¹¹, para que la «cooperación misionera»¹² entre las iglesias sea efectiva, consciente y responsable. Para esta encomienda se necesita animadores misioneros debidamente formados que lleven a cabo esta tarea, iluminando y proyectando toda la acción pastoral desde un itinerario misionero transversal que la envuelva en su conjunto, para que se desarrolle una pastoral orgánica y, hacia la comunidad, se impulse la salida para el encuentro con los hermanos en Cristo que no se reconocen más como Iglesia.

A partir de un propositivo discernimiento personal y comunitario sobre la formación misionera de todos los que participan activamente en la evangelización, en un primer momento, y anteponiendo una actitud seria y solidaria¹³, se solventará insuficiencias en la misma formación. De tal suerte que, desde una consciencia significativa y una responsabilidad adquirida y compartida sobre la dimensión universal de la misión, el Espíritu Santo inspirará a los discípulos misioneros *a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades (EG 33)*.

Claro está que a cada bautizado le corresponde, por el hecho mismo de su bautismo, anunciar la Buena Nueva. Sin embargo, el nivel de responsabilidad se descubre a partir de la vocación específica que se ha adquirido voluntariamente. Por lo tanto, y para impulsar una cooperación misionera más recíproca y efectiva, está, en primer lugar, la cooperación en lo espiritual y material. Es en este ámbito donde todos los bautizados participan activamente orando y apoyando materialmente por las misiones y por los misioneros:

Esta cooperación solo será posible si se mantiene un trabajo asiduo de animación y de motivación misionera que despierte el compromiso ad gentes [...] La comunicación misionera es el alma de la animación misionera, tan

¹¹ Las actividades de animación deben orientarse siempre hacia sus fines específicos: informar y formar al Pueblo de Dios para la misión universal de la Iglesia; promover vocaciones ad gentes; suscitar cooperación para la evangelización. RMi 83.

¹² Miembros de la Iglesia en virtud del bautismo, todos los cristianos son corresponsables de la actividad misionera. La participación de las comunidades y de cada fiel en este derecho-deber se llama « cooperación misionera ». RMi 77.

¹³ Es urgente que rescatemos el significado antropológico fundamental de la solidaridad. Ella es antisistema, pues el sistema imperante capitalista es individualista y se rige por la competencia y no por la solidaridad y la cooperación. Esto va contra el sentido de la naturaleza. *Leonardo Boff*.

importante como la propia acción evangelizadora directa: no se la puede entregar a una iniciativa de aficionados¹⁴.

Otro ámbito es la colaboración de los que se encargan de la formación misionera para los que realizarán personalmente la misión, donde este agente de pastoral ya sea ordenado, consagrado o laico, previamente formado en la misionología y demás disciplinas teológicas, aporta sus conocimientos y tiempo para preparar agentes idóneos para la misión:

[...] Es necesario que haya proyectos bien definidos para que la cualificación de cada agente pueda encontrar su espacio específico de expresión, aunque tuviese que estar abierto a cualquier adaptación. Normalmente, muchos misioneros terminan actuando en ámbitos que no se imaginaban para responder a desafíos que tampoco se imaginaban, pero que forman parte de las urgencias cotidianas, así como de la cosmovisión de sus interlocutores¹⁵.

El siguiente ámbito se concreta, por así decirlo, en la obtención de vocaciones específicamente ad gentes¹⁶: misioneros (consagrados, consagradas, ministros ordenados o laicos) implicados directamente en la evangelización, en la “edificación” de iglesias nacientes y en la promoción humana: *esta representa el corazón de la cooperación, ya que sin misioneros no hay misión¹⁷.*

Discípulos misioneros que dan vida y belleza al mundo

¹⁴ Raschietti, S. (2017). Ámbitos privilegiados de la misión ad gentes para el laico misionero. Una reflexión a partir de América Latina. En *Laicado y misión* (157). España: OMP-PPC.

¹⁵ *Ibid.* 158 – 159.

¹⁶ [...] Con todo, la misión se proyecta naturalmente más allá de las fronteras, con generosidad, con apertura a nuevos horizontes y desafíos: jamás se cierra. La Iglesia «ha nacido “en salida”» (cf. EG 17a; 20; 24; 46) y se reencuentra a sí misma cada vez que sale de sí y se abre: la comunidad cristiana debe su origen al anuncio del Evangelio, y su propia vitalidad a la continua y valiente transmisión de ese anuncio al mundo entero. Por eso, el norte de toda misión es inevitablemente ad gentes: esto expresa no solamente un programa de acción, sino también una tensión fundamental. *Ibid.* 141.

¹⁷ *Ibid.* 156.

La misión implica reconocer que, en las relaciones interpersonales y en el cuidado de la creación¹⁸, somos coparticipes de una convivencia solidaria y de un desarrollo humano integral, así como responsables en nuestra relación con el medioambiente: *la misión es nuestra propia santificación y la del mundo entero, desde la creación (Francisco).*

Santificarnos a nosotros mismos y al mundo siendo “luz y sal” en él, desde la dimensión bautismal que impulsa la misión, es participar y transmitir la vida divina de Dios: *La dimensión misionera de nuestro bautismo se traduce así en testimonio de santidad que da vida y belleza al mundo (Francisco).* Un mundo que si bien ha desarrollado el proceso de secularización, tardíamente entendido por la Iglesia¹⁹, no ha perdido el sentido de lo religioso, puesto que se sigue preguntado por el sentido de la vida, de lo trascendental, de lo espiritual: *No se trata de llevar a Cristo al mundo secularizado, sino de descubrir su presencia en él por la sed de espiritualidad que se nota en todas partes (L. Boff).*

Programar el *Mes Misionero Extraordinario* con seriedad y responsabilidad, para dar testimonio de lo bueno y de la belleza del Evangelio al mundo, es la tarea fundamental de los que formamos parte del Pueblo de Dios, de los que dan vida y belleza al mundo por la fuerza renovadora del Espíritu: *No tenemos que esperar la acción del Espíritu, porque el Espíritu ya está actuando [...] Experimentar el Espíritu implica asumir un riesgo. Hay que salir a lo otro, viajar a lo diferente, a lo absolutamente desconocido, dejarnos transformar y modificar por ello. Hemos de renunciar a nosotros y salir a los demás²⁰.*

¹⁸ Para la tradición judío-cristiana, decir « creación » es más que decir naturaleza, porque tiene que ver con un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado. La naturaleza suele entenderse como un sistema que se analiza, comprende y gestiona, pero la creación sólo puede ser entendida como un don que surge de la mano abierta del Padre de todos, como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal (LS 76).

¹⁹ La gran crisis de las iglesias a lo largo del siglo XIX y XX tuvo que ver con la tardanza en comprender el significado de este proceso –de secularización– y con reaccionar ante él. Hubo que esperar a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, ya en los albores de la segunda Revolución industrial, para que comenzase la «doctrina social de la Iglesia», retraso histórico que acarrió la pérdida del mundo obrero y el fuerte anticlericalismo de una gran parte del pueblo, sobre todo en la Europa latina. ESTRADA, J. (2001). Razones y sinrazones de la creencia religiosa (200). Madrid: Trotta.

²⁰ Biord, R. (2018). La missio Dei: ¿Paradigma de la teología o un caballo de Troya?. En La misión, futuro de la Iglesia (308). España: OMP-PPC.

Como en los tiempos de la *Maximum illud* hoy mismo percibimos la necesidad de despertar la conciencia misionera, sólo que no lo vamos a hacer fuera del mundo ni alejados de él, pero sí desde una posición que incluya a todas las personas para que sientan la infinita ternura y misericordia de Dios:

El evangelio no es para algunos sino para todos. No es sólo para los que nos parecen más cercanos, más receptivos, más acogedores. Es para todos. No tengan miedo de ir y llevar a Cristo a cualquier ambiente, hasta las periferias existenciales, también a quien parece más lejano, más indiferente. El Señor busca a todos, quiere que todos sientan el calor de su misericordia y de su amor (Francisco).

Valoremos el *Mes Misionero Extraordinario* como una oportunidad significativa para renovar los procedimientos, los objetivos, los espacios de encuentro y a nosotros mismos con compromiso [...] *compromiso, no de re-evangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión. (Juan Pablo II)*, para que la misión sea el fundamento de una Iglesia que actúa en el mundo y no un apéndice más adquirido en el bautismo sin consecuencias ni responsabilidades.

Por: Daniel Alonso Durán González
OMPE México